

GRANDE ES EL QUE SIRVE

El mandón no sirve para nada

EVANGELIO DE SAN MATEO, 20, 20-28

La madre de Santiago y Juan, que eran dos de los discípulos, fue con ellos a hablar con Jesús. Cuando llegaron, ella se arrodilló delante de Jesús para pedirle un favor. Jesús le preguntó:

—¿Qué es lo que quieren?

Ella le dijo:

—Por favor, ordena que, cuando estés sentado en el trono de tu reino, mis hijos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda.



Jesús respondió: —Ustedes no saben lo que están pidiendo.

¿Están dispuestos a sufrir todo lo malo que va a pasarme?

Ellos le dijeron: —Sí, lo estamos.

Jesús les dijo: —Les aseguro que ustedes sufrirán mucho, igual que yo. Pero sólo mi Padre decide quiénes serán los más importantes en mi reino. Eso no lo decido yo.

Cuando los otros diez discípulos se dieron cuenta de todo esto, se enfadaron mucho con Santiago y Juan.

Entonces Jesús los llamó a todos y les dijo:

«Ustedes saben que los que gobiernan a los pueblos se portan como sus amos, y que los grandes imponen su poder sobre los pequeños. **Pero entre ustedes nada de eso.**

Al contrario, si alguno de ustedes quiere ser importante, que se haga servidor de los demás. Y si alguno quiere ser el primero, deberá ser el esclavo de todos.

Yo lo hago así. No vine a este mundo para que me sirvan, sino para servir. Vine a dar mi vida por la salvación de todos.»

COMENTARIO AL EVANGELIO

----Seguro que Jesús nunca les insinuó que lo que Dios quería y lo que estaban intentando construir sería algo así como lo del emperador de Roma o lo del rey Herodes, donde unos estarían por encima de otros e imponiéndose sobre “los de abajo”.

¿De dónde sacaron Salomé, Santiago y Juan esa idea de que, cuando Jesús reine, habrá puestos de poder a repartir entre los amigos? ¡Qué barbaridad! ¡Qué despistados están!

Seguramente les pasó lo que a nosotros también nos pasa: el que habla dice lo que dice y nosotros entendemos lo que deseamos entender. Pero la pretensión es terrible.

En un pequeño grupo, dos del grupo maniobran para ellos ser más que los otros, para poder dar órdenes al resto, tener la última palabra, que los demás dependan de las decisiones que ellos tomen. Y no es la primera vez que Jesús los encuentra discutiendo sobre “¿Quién es el primero?”.

Jesús les pone delante lo que ellos ya sabían, porque lo están sufriendo todos los días. En este mundo, organizado en contra de lo que el **Padre nuestro** quiere, los de arriba se comportan como amos y se imponen sobre los de abajo, como hace el emperador de Roma, como hace Herodes, como hacen los terratenientes que les chupan la sangre... ¿Pretenden ellos estar arriba para seguir el juego sucio que hace sufrir a tantos?

----**Cuando los demás discípulos se enteraron...**

Los invito a imaginar la discusión, los insultos, las acusaciones y burlas contra los dos hermanos y la madre. Rompieron la armonía del grupo. Seguro que el grupo estuvo a punto de romperse. Y seguro también que les costó mucho volver a la confianza.

Esto ayer y esto hoy.

¿Ya tenemos claro que los golpes de poder, el deseo de imponer mi voluntad, mi verdad (a veces gritando más que los otros), mis burlas, mi necesidad de destacar, de ser importante en el grupo, en la familia, en la iglesia, en la vida... rompen la unidad o la hacen imposible? ¡Qué bien nos viene escuchar y aprender de Jesús! ¿Eso será un milagro? Eso será un milagro de los buenos.

----Es la vieja tentación del paraíso, pero a nuestra escala pequeña. Lo que el diablo propone es: *“serás como Dios y decidirás lo que está bien y lo que está mal”*. *“El árbol de la vida será tuyo”* (Génesis 3, 1-6). Y todos somos invitados continuamente a subirnos al pedestal más alto. Yo arriba, yo grande, yo importante, yo el primero, yo el de la última palabra, yo el más guapo, yo el acertado, yo el **más** pecador... ¿Sigo? Analicémonos y que cada uno continúe con la lista.

----Y Jesús nos dice: **entre ustedes nada de eso.**

Cuando uno no tiene una buena imagen de sí mismo, cuando uno no se acepta como es, cuando uno está acomplejado o lleno de traumas, cuando no nos amamos a nosotros mismos...

no nos resignamos al fracaso de ser tan poca cosa. Entonces recurrimos al “truco” de buscar que los demás nos digan, nos traten, nos miren como valiosos. Y ya estamos colocados a la puerta del aparentar por fuera lo que no reconocemos dentro. Y nos echamos encima lo que es considerado un valor: riqueza, honor, dignidad, lujos, poder, títulos... que merezcan el aplauso y reconocimiento de los que nos rodean.

Me parece importante decir aquí que lo que tenemos que hacer no es un proceso de negación, de sacrificio, de masoquismo, de renuncia. Es un proceso de crecimiento, de desarrollo, de ahondamiento en lo que somos, en lo que valemos ¡jija!!

Cuando uno se reconoce valioso, cuando uno sabe que es amado como es, y se acepta y se ama a sí mismo, cuando uno se reconoce diferente y único, cuando uno acepta sus defectos sin condenarse... entonces tendrá la libertad de ser pobre, de no ser el más guapo, el aplaudido, el aceptado por todos. No tendrá inconveniente de ser de “los de abajo” o ser el último, y no caerá en la tentación de ser “de los de arriba”. Aquí queda claro que la fe en el Amor de Dios, a mí, ahora, como soy, es tremendamente liberadora de fachas y tonterías, de enfrentamientos y reproches. ¿Un ejemplo?: Jesús. Se sabe amado, valioso. Y ahí encuentra la **libertad** para llevar con elegancia el rechazo, hacerse esclavo de todos, lavar los pies, perdonar siempre, dar la vida para la salvación de todos.

ORACIÓN

Hola, amigo Jesús:

Hoy me das más motivos para saber un poco más cómo eres por dentro y más motivos para admirarte. Más ánimo para desear ahondar en mí mismo y más decisión y alegría para seguirte.

Ser de los tuyos es un privilegio.

Jesús, imagino cuánto te dolió lo de Juan y Santiago. Y no sé de dónde sacaste la capacidad para seguirlos mirando con la esperanza de que, de aquel barro, la luz y la fuerza del Espíritu podría hacer unos testigos de tu vida. Me alegra esa capacidad tuya de mirar el fondo de cada uno. Enséñame a mirar así.

¿Cómo me miras, Jesús? ¿Cómo miras a los que me rodean?

Yo no sé sino mirar las apariencias, el cascaron de las personas, por eso me cuesta tanto esperar que mañana pueden ser nuevos y mejores. Te confieso que el evangelio de hoy me da mucho ánimo. ¡¡¡Tenemos remedio!!! Todo puede ser nuevo mañana.

Si el roce contigo, si tu Espíritu, consiguió que el Juan y Santiago de hoy llegaran a ser los que dieron la vida por ti y por el Evangelio... se cumple en ellos lo que el ángel le dijo a María sobre el embarazo de Isabel: *“para Dios nada hay imposible”*.

Trabaja mi corazón, amigo. Trabaja el corazón de los hermanos del grupo. Constrúyenos a tu imagen y semejanza.

Y te presentaste a ellos. Eres el primero, porque te pusiste el último. Eres grande, porque te haces servidor de todos. Eres el Señor porque te has hecho el esclavo de todos dando la vida. ¡Con qué libertad, con qué dignidad eres capaz de colocarte en el último lugar! En el último lugar: ahí donde puedes ser quien eres, ahí donde es posible ser pobre con alegría, ahí donde nadie tiene que mirar hacia arriba para encontrarse con tu mirada. Ahí donde se hace posible amar a todos, a los buenos y a los malos. Ahí donde se puede vivir sin almohada donde reclinar la cabeza. Ahí donde no se encuentra tiempo ni para comer. Ahí donde se es libre para dar la vida, con la honda sencillez con la que se da un trozo de pan a los amigos.

¡¡Cómo te admiro!! Bendícenos con tu mirada buena. AMÉN